

Filosofía y desarrollo del pensamiento

Fulvia Millán Bayona
Profesora de Ciencias Sociales y Filosofía
Colegio Distrital Benjamín Herrera

“También de la nada sale algo. Mas, para esto, tiene que estar dentro de algún modo. No es posible dar a nadie lo que ya no tiene de antemano. Al menos, como desco, sin el cual no recibirá como regalo lo que se le entregue. Es necesario que lo apetezca o haya apetecido, aunque sólo sea de un modo vago. Para que algo valga como respuesta hace falta que previamente exista la pregunta. He aquí por qué tantas cosas claras permanecen sin ser vistas, tal como si no existiesen”. Ernest Bloch.

Considero necesario iniciar esta reflexión pedagógica con algunas de las preguntas que me he planteado como maestra de Ciencias Sociales y Filosofía. ¿Por qué el niño de grado 6º posee un amplio horizonte de preguntas sobre la globalidad en contrastación con el joven del grado 10º y 11º que ya no pregunta? ¿El interés por la pregunta es exclusivo de la edad infantil? ¿Qué sucede con la ausencia de la pregunta en el joven y el adulto? ¿Por qué, en la clase de filosofía en el tema de lógica, le es difícil al joven expresar el pensamiento desde las diferentes áreas? ¿Por qué al terminar la educación media el conocimiento del alumno está desarticulado o fragmentado?

En la educación actual las disciplinas se presentan como un conjunto de asignaturas sin su razón de ser y sin reflexión al interior de cada una, que hay que aprender, sin la filosofía que dio origen a su formación, asignaturas que aparecen fragmentadas, aisladas y codificadas como información, son “ciencias ya hechas en donde el estudiante no tiene necesidad de crearlas” (Ortega y Gasset, *Unas lecciones de metafísica*). El aprendizaje se hace de una manera más o menos memorística; no se aprende a pensar en matemática, en física, en historia o en cualquiera de las otras disciplinas.

Es común que en el aula sólo se le pida al estudiante repetir, un libro de texto muerto en la evaluación, sin encontrarle el sentido ni el significado.

Es posible que el maestro no haya recibido una formación que le permita encontrar las semejanzas formales entre la gramática, la matemática y la lógica, ni la conexión entre las ciencias físicas y sociales. Parece ser que el conocimiento se superespecializa y se convierte en dogma para cada campo del saber, sin admitir que sea compartido ni cuestionado. Es así como el aula de clase es el espacio en donde se transmite este conocimiento dogmático en donde el alumno pasa a ser un mero receptor acrítico.

Pensar por cuenta propia

Una sociedad democrática necesita de personas capaces de pensar por sí mismas. Pensar es una habilidad que nos capacita para construir significado. Es un ejercicio diario del pensamiento crítico y creativo a través del diálogo, interiorizando, contrastando y argumentando saberes sociales del entorno. Solamente el diálogo que implica el pensamiento crítico, dice Freire, es capaz de generarlo. La persona se desarrolla y aprende únicamente en comunidad.

El conocimiento es un proceso activo y no meramente receptivo, debe ser construido entonces por el que conoce. Es así como el estudiante no es un ser “falto de” al que hay que “llenarle de”.

La pregunta

Preguntar quiere decir abrir. La apertura de lo preguntado consiste en que no está fijada la respuesta. Toda pregunta debe tener un sentido, un horizonte, una orientación, una búsqueda del saber. Preguntar es un arte, porque conlleva a seguir preguntando, es el arte de pensar (Gadamer, *Verdad y Método*).

Toda pregunta y todo querer saber presuponen un saber que no se sabe, pero de manera tal que es un determinado no saber el que conduce a una determinada pregunta.

La pregunta filosófica

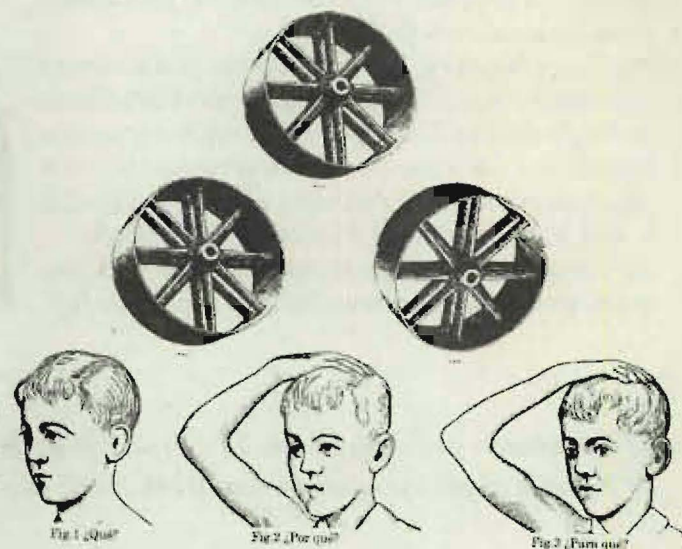
Preguntar el qué, por qué, para qué, trasciende toda forma de conocimiento, es inherente al hombre racional. Cuando estas preguntas surgen en el pensamiento del niño comienzan a ser silenciadas por el adulto y la escuela, tal vez por constituir una amenaza al poder del saber; cuando no se pueden dar respuestas. El hecho de que no existan respuestas disponibles a esas preguntas no justifica que intentemos evitarlas o pasarlas por alto cuando el niño las plantea.

Como dice Rousseau “Poned a su alcance las cuestiones y dejad que él las resuelva”. “Si os hace preguntas, no se las respondáis... dejadle que piense él, seguro que lo hará”. (Rousseau, *El Emilio*, libro III).

La principal contribución de la infancia al proceso educativo es su carácter inquisitivo, y al ser la filosofía una disciplina que plantea preguntas, entonces la filosofía y el niño parecen ser aliados naturales (Lipman). Las preguntas del niño, en esencia, son metafísicas, éticas, estéticas, epistemológicas, y con ellas busca la globalidad, la explicación holística y el sentido de la perspectiva; por consiguiente si apartamos al niño de la pregunta filosófica lo estamos obligando a aceptar la visión fragmentada del conocimiento.

Papel de la filosofía

La filosofía forma un ángulo recto con las otras disciplinas, de la misma manera que la trama y la urdimbre se entrelazan hasta producir un tejido sin costuras. Siendo la filosofía la disciplina que mejor prepara



para pensar en las otras asignaturas hay que asignarle un papel central en el proceso educativo y convertir el aula de clase en una comunidad reflexiva sobre la naturaleza del conocimiento humano, en donde la filosofía sea transversal en todas las materias; mediante la creación de temas generativos, para que los interrogantes filosóficos que surgen de los niños puedan tener posibles respuestas con la creación y desarrollo de unidades integradas desde las diferentes áreas del conocimiento.

Con esta práctica el niño preserva la globalidad, establece conexiones, hace distinciones, define, clasifica, valora en forma crítica y reflexiva la información empírica, formula preguntas, establece analogías, realiza inferencias, indaga, investiga, formula hipótesis, en síntesis, construye su pensamiento autónomo en forma racional.

Se logrará una educación filosófica cuando el qué, cómo, por qué y para qué del niño no se anulen en las etapas de su desarrollo, y cuando estas preguntas con sentido sean asumidas como propias en nuestra enseñanza, es decir, cuando las asignaturas se enseñen en forma filosófica y como pensamiento sean significativas.

Frente a la curiosidad, la incertidumbre y la perplejidad que manifiesta el niño en torno a la realidad es importante fomentar el diálogo filosófico en todas las asignaturas para la constante búsqueda en común de la respuesta a sus interrogantes.

Cuando las preguntas que hacemos en la evaluación, en lugar de ser solamente descriptivas se tornen en comprensivas de sentido lógico, de análisis de relaciones y postulados, interpretación de textos, razonamiento lógico y matemático y en el momento en que circulen en el aula sean metafísicas, éticas, epistemológicas en cada materia. ¿Qué es la vida? ¿Qué es la gravedad? ¿Por qué la violencia? ¿Qué es la paz? ¿Qué es el número? ¿Qué es el infinito? ¿Por qué menos por menos da más? ¿Qué es una causa?, ... estaremos no memorizando ni repitiendo, sino enseñando con Filosofía.

